

Moncho duerme plácidamente.

Trabajaba como barrendero, pero lo que le gustaba era el cine.

Necesitaba ganar dinero y ese empleo se lo proporcionaba sin problema.

Para dedicarse a lo que le gustaba aprovechaba cada minuto que tenía libre.

Cuando cogía una cámara, el mundo entero se transformaba.

Todavía era muy joven, y por eso aún no había tenido tiempo de ver todas las películas que le hubiera gustado.

Sus directores favoritos eran los clásicos: John Huston, Billy Wilder, Hitchcock...

Lo tenía clarísimo, lo importante era conseguir un bellezón y ponerse a grabar.

Las mujeres de los años cincuenta le parecían perfectas porque cualquier actriz de esa época, con aquellos vestidos tan estrechos que llevaban, se convertía en una bomba.

Según él, el cine era como la guerra, por eso los gobiernos trataban de subvencionarlo.

Estaba convencido de que si conseguías que la protagonista de tu película hiciera caer rendidos a sus pies a los del país enemigo, habrías ganado no sólo mucho dinero, sino una batalla cultural sin cuartel.

Por ejemplo Godard lo había logrado para gloria de su país, y aunque Madrid no era París, él no perdía la esperanza de encontrar a su Anna Karina.

Por eso disfrutaba tanto de su trabajo, porque podía ver diariamente a cientos de mujeres como si se tratara de un casting.

Además, mientras barría pensaba, imaginaba, y de este modo su labor intelectual nunca cesaba.

Había escrito ya varios largometrajes y se los había enviado a algún que otro productor, aunque sin mucha esperanza.

Se sentía seguro de sí mismo y no se preocupaba porque sabía que su momento habría de llegar.

De lo que más se alegraba era de no haber ido a la universidad.

Alguna vez había visitado las facultades en las que estudiaban sus amigos del barrio y había visto que allí se pasaban todo el día perdiendo el tiempo.

Cuando les preguntaba qué habían aprendido al final de cada curso, apenas conseguían responderle.

Él, ya cuando estaba en el instituto, prefería ir al cine, y luego, cuando se había vuelto prohibitivo además de malo debido a la invasión norteamericana, empezó a acudir diariamente a su cineclub favorito al salir de trabajar.

Había nacido en Móstoles, y aunque vivía por su cuenta, no como sus amigos estudiantes, prefería seguir allí porque le gustaba el barrio, ya que era como una pequeña ciudad de provincias o un pueblo donde la gente aún se conocía.

También tenía amigos en Alcorcón.

De hecho allí había descubierto a una preciosidad que además quería ser actriz, pero no pudo ser porque a la pobre se le ocurrió ponerse una maldita ortodoncia.

En realidad lo que le faltaba a la chica, como a la mayoría, era confianza en sí misma.

Pero ése no era su caso, porque a pesar de proceder de una familia humilde, lo tenía clarísimo, seguiría los pasos de Amenábar.

La cuestión era encontrar a pivones como Eduardo Noriega y Penélope Cruz.

Según él ése había sido el secreto de su éxito, aunque ahora ya no le admiraba porque para su opinión había perdido todo el mérito al recurrir a actrices extranjeras con el fin de impresionar al público.

Su estrella sería española y conquistaría el corazón del mundo entero.

Al fin la había encontrado: su caminar era sinuoso como el de una serpiente y parecía brotar fuego de su mirada.

Pero él, cómo no, se encontraba soñando.